



HERMOSA vida la de Agustín Loera y Chávez, toda ella consagrada a la elevación de los demás. Suprema virtud ascensional la que lo inspira y recia voluntad de bien la que lo guía. Es un pródigo de sí mismo, siempre al servicio de todos. Su espíritu, fuente de generosidad, nunca ha fallado en dar sus mejores prendas para que los otros culminen; y tal magnánima actitud ha sido el fundamental resorte de su propia elevación. Qué brioso estimulador de trabajo se ha manifestado, sin debilitarse nunca, y cómo su dón magnífico de entusiasmo ha sabido comunicarse haciendo que los demás laboren en alto beneficio colectivo.

Ha sido de los grandes animadores de la cultura de México. Con benemérita actividad, con impulso contagioso, hizo nacer y perdurar inolvidable obra editorial, de muy nobles tendencias difusoras. Logró reunir en núcleo a selectos escritores respetables, para seleccionar y

traducir lo mejor de la literatura mundial, y poner tales obras al alcance y conocimiento de la mayoría. Y en colección memorable se fué realizando empresa tan meritoria.

Así comenzó Loera a desenvolver sus fuertes aptitudes literarias y en un devenir de nuestra política fué enviado a España con un cargo consular. Esto le permitió darse contacto con muchos lugares de pro y con insignes hombres de valía. El fruto bello de tales acercamientos es el libro presente con que su autor ha querido regodearnos, que opulento deleite constituye para el lector la serie armónica de cuadros españoles con los que Loera va marcando su paso inconfundible por la Madre Patria.

Porque Loera es sobre todo artista que sabe encontrar bellezas ahí donde otros no las ven, y que puede repristinar hasta lo muy visto, reflejándolo con esplendente originalidad. Hoy ha resuelto juntar, en fascinante racimo, sus visiones directas a través de España y confirma bellamente que nunca se agota un paisaje si los ojos miran bien.

El autor tiene excepcionales condiciones para escribir un libro de viajes. Su cultura es vastísima y sus ojos son penetrantes. Y ante todo, siempre sabe dar su propia visión diáfana y sincera. El paisaje que está viendo se refracta limpiamente, pero sirve a la vez para revelarnos

mucho de su entraña original. Y sin querer evocamos, ante la sensación que nos produce, aquello de que "el paisaje es un estado de alma". Y a mi ver, quien tal consigue es el verdadero paisajista. Conservar fiel lo que miramos, pero dejando translucir en esa visión nuestra la propia personalidad, característica es irreemplazable de un arte superior.

Por inicio la España evoca el cascabeleo tintinante de sus panderetas y el sensual oleaje de sus tangos, mas allende el parapeto de madroños, qué exuberante selva de arte y de pensamiento.

España es un regalo para los ojos, pero un regalo más hondo para el espíritu. El simple repiquetear de sus castañuelas suele poner a veces subrayados de profunda fecundidad. Cada repliegue del terreno tiene ancestrales sugerencias. Cada contacto con sus hombres es un cordón umbilical de historia. Ningún pueblo nos da desde los momentos iniciales la cercanía de alma que este gran pueblo de España.

Y Loera contribuye con mucho a adentrarnos más y más estos contactos despertadores de nuestra solidaridad racial. Sintetiza su visión hasta hacerla muy penetrante, pero sin que sus ojos olviden el hechizo del color y la perspectiva de fondo del conjunto. Unas pinceladas ceteras esbozan Salamanca para que penetremos a la Uni-

A L F O N S O C R A V I O T O

versidad, marco austero de Fray Luis y de Unamuno, y en unos cuantos rasgos magistrales quedan inconfundibles y vivientes don Miguel y su enseñanza. Después somos llevados a Sevilla y con magia literaria pasan las Procesiones y la Feria, y un esbozo profundo de don Juan. Alucinados vamos a Córdoba, a Granada, a Avila de los Caballeros, a Toledo y a Madrid, pero antes nos detenemos en el magno Escorial. Y absortos nos parece que hemos redescubierto a España. Pero en verdad lo que hemos visto es el alma lumínea de Loera reflejándose a través de los mirajes españoles, constituyendo sin duda el mejor valimiento de este libro y los más claros timbres de su autor.

Alfonso CRAVIOTO.

NOTA MARGINAL

Valenzuela, su recuerdo perdurará más que su poesía, cuya más amable cualidad era carecer de nombre en la Poética. A los otros los ha dispersado la vida, mientras los iba recogiendo la muerte.

Díaz Mirón siempre estuvo solo, y siempre descontentadizo y febril, castigaba el estro, confesándose inferior a su ideal, pero superior a lo demás. Góngora mexicano a quien la crítica apenas comienza a acercarse, nos deja un ejemplo de fuerte arranque, nos deja una lección de oficio, un consejo de frenar a Pegaso, una dolorosa tortura de perfección y una exacerbación de solitario.

Tablada enmudecía temporalmente, aunque sus excelentes dones literarios no estaban agotados por suerte. Después de un largo silencio, había de resurgir remozado, puesto a compás de la última poesía sintética y del epigrama japonés (tan madrigal como epigrama), inventando por su cuenta fórmulas semejantes a las de Apollinaire, para impresionar visiblemente a los grupos literarios más nuevos.

A principios de 1906, Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón fundaron una revista juvenil. Le pusieron un nombre absurdo: *Savia Moderna*. No sólo en el nombre, en el material mismo prolongaba a la *Revista Moderna*. Duró poco —era de rigor— pero lo bastante para dar la voz de un tiempo nuevo. Su recuerdo aparecerá al crítico de mañana como un santo y seña entre la pléyade que discretamente se iba desprendiendo de sus mayores. “La redacción —escribe Rafael López— era pequeña como una jaula. Algunas aves comenzaron allí a cantar.” A muchos metros de la tierra, sobre un edificio de seis pisos, abría su inmensa ventana hacia una perspectiva exquisita: a un lado, la Catedral; a otro, los crepúsculos de la Alameda. Frente a aquella ventana el joven Diego Rivera instalaba su caballete. Desde aquella altura cayó la palabra sobre la ciudad.

En el grupo literario de *Savia Moderna* había los dos géneros de escritores: los que escriben, los que no escriben. Entre los segundos, y el primero de todos, Acevedo. Decía, con Goethe, que escribir es un abuso de la palabra. Más tarde ha incurrido en la letra escrita. Conversador incomparable, conferenciante nítido y justo. El nombre de Jesús

Acevedo anda en nuestros libros, pero su obra, que fue sobre todo de precursor, obra de charlas, de atisbos, de promesas, no podrá recogerse. El tomo de sus disertaciones por así decirlo oficiales, que la piedad amistosa ha coleccionado, no da idea de lo que fue Acevedo; arquitecto que casi no llegó a poner piedra sobre piedra, pero que despertó el interés por lo colonial mexicano y encauzó en este estudio a los que habían de propagarlo y hacerlo renacer en nuestros estilos actuales. El volumen de artículos que de él ha podido juntarse, hijo de los obligados ocios de Madrid —donde este lector de los simbolistas franceses quiso cambiar unos días el grafío por la pluma— es un documento curioso que descubre perspectivas sobre aquel escritor posible. Cierta sarcasmo, cierta manera desdeñosa, mientras vivió en México. En la ausencia, se destempló el resorte, se rindió el carácter. Acevedo sufría entonces hasta las lágrimas, echando de menos, como perro callejero, el paisaje de piedra de su capital mexicana. No quiso luchar: se dejó morir nuestro pobre amigo, demasiado fino para defenderse.*

Entre los prosistas doblados de poetas estaba Ricardo Gómez Robelo, que era propia imagen del mirlo de Rostand.

*Cette âme! . . . On est plus las d'avoir couru sur elle,
Que d'avoir tout un jour chassé la sauterelle.*

La misma agilidad de su pensamiento lo hacía cruel; y además —grave ofensa para el género humano— estaba enamorado del genio. Como a todo aquel que ha probado las desigualdades de la suerte, le tentaban las solicitudes de la fantasía. Ignoraba cuántos volúmenes llevan publicados Monsieur Chose y Perico el de los Palotes, pero leía y releía constantemente los veinte o treinta libros definitivos. Más tarde nos lo arrebató la guerra civil y nos lo trajo un día disfrazado de guerrillero. Los noticieros lo encontraban, en los campamentos, traduciendo a Elisabeth Barrett Browning. Luego volvió a sus inquietudes artísticas, siempre un poco estéril. Anduvo con la imaginación paseando de Egipto a Grecia, y entró al fin en la vieja Aztlán. Esotérico, mago.

* A. R., “Notas sobre Jesús Acevedo”, *Reloj de sol*, Madrid, 1926. *Obras Completas*, IV, pp. 444-448.

No he visto fealdad más patética que la suya, ni una voluptuosidad mayor para el misterio. Cuando lo enterramos, no había hecho nada. ¿Nada? ¡Amar el genio! Su vida había sido siempre trágica, y lo más trágico o lo más feliz es que él nunca pareció percatarse.

Alfonso Cravioto era el representante del sentido literario: su prosa, fluida, musical, colorida. Su vida estaba consagrada a la espectación literaria. Había coleccionado los artículos, los retratos, los rasgos biográficos de todos sus compañeros. Hacía creer que poseía en casa tesoros de documentación. Nadie sabía si era o no rico, si escribía o no en secreto.

Cuentan que escribe, y no escribe;
dicen que tiene, y no gasta,

se decía él a sí mismo en unas coplas que quiso hacer pasar por anónimas, y en que desfilaban, clavados con la flechita del epigrama, todos los del grupo. De cuando en cuando, asomaba para celebrar en una prosa de ditirambo algún triunfo del arte o del pensamiento. Cegado por un falso ideal de perfección, nunca empezaba a imprimir sus libros. Después intervino en la vida pública. Orador elegante y persuasivo, fácilmente salía victorioso de sus causas. De mil modos ha contribuido al desarrollo de la pintura en México, y al fin nos ha dado unos versos de un "parnasismo" mexicano muy suyo, hechos de curiosidad y cultura.

Entre los poetas estaba Rafael López, poeta de apoteosis, fiesta plástica, sol y mármol, que después buscó emociones más universales, tras de haber embriagado su adolescencia en los últimos haxix del decadentismo. Estaba Manuel de la Parra, musa diáfana, de nube y de luna; alma monástica, borracha de medievalismos imposibles, "ciega de ensueño y loca de armonía". Estaba Eduardo Colín, entregado a una gestación laboriosa en que se combatirían el poeta seco y el prosador jugoso, más tarde desembarazado y suelto. Estaba Roberto Argüelles Bringas, tan austero, áspero a la vez que hondo, en quien la fuerza ahogaba a la fuerza, y el canto sin poder fluir brotaba a pulsaciones. Aún no venía de su provincia el poeta mayor, González Martínez, todo él ejemplo de probidad. Y apenas salía de su infancia Julio Torri, gra-

ciosamente diablesco, duende que apagaba las luces, íncubo en huelga, humorista heiniano que nos ha dejado algunas de las más bellas páginas de prosa que se escribieron entonces; y luego, terso y fino, tallado en diamante con las rozaduras del trato, no admite más reparo que su decidido apego al silencio: acaso no le den tregua para escribir cuanto debiera las "cosas de la vida", como suele decirse, la tiranía de aquel "amo furioso y brutal" que tanto nos hace padecer.

Y de propósito dejó para el fin a Caso, a Vasconcelos, a Pedro Henríquez Ureña. La filosofía positivista mexicana, que recibió de Gómez Robelo los primeros ataques, había de desvanecerse bajo la palabra elocuente de Antonio Caso, quien difundiría por las aulas las nuevas verdades. No hay una teoría, una afirmación o una duda que él no haya hecho suyas siquiera un instante, para penetrarlas con aquel íntimo conocimiento que es el amor intelectual. La historia de la filosofía, él ha querido y ha sabido vivirla. Con tal experiencia de las ideas, y el vigor lógico que las organiza, su cátedra sería, más tarde, el orgullo de nuestro mundo universitario. Su elocuencia, su eficacia mental, su naturaleza irresistible, lo convertirían en el director público de la juventud.

En lo privado, era muy honda la influencia socrática de Henríquez Ureña. Enseñaba a oír, a ver, a pensar, y suscitaba una verdadera reforma en la cultura, pesando en su pequeño mundo con mil compromisos de laboriosidad y conciencia. Era, de todos, el único escritor formado, aunque no el de más años. No hay entre nosotros ejemplo de comunidad y entusiasmo espirituales como los que él provocó. El peruano Francisco García Calderón escribía de él: "Alma evangélica de protestante liberal, inquietada por grandes problemas; profundo erudito en letras castellanas, sajonas, italianas." Díaz Mirón, que lo admiraba, le llamaba "el dorio".

José Vasconcelos era el representante de la filosofía antioccidental, que alguien ha llamado "la filosofía molesta". La mezclaba ingeniosamente con las enseñanzas extraídas de Bergson, y en los instantes que la cólera civil le dejaba libres, esbozaba ensayos de una rara musicalidad ideológica (no verbal).

Hace veinticinco años se dijo de él:

la forma, reimprime todas sus obras anteriores en la Colección de Porrúa: *Los senderos ocultos* (1915), *La muerte del cisne* (1915), *Jardines de Francia* (1915) —traducciones de poetas franceses, del Simbolismo a nuestros días— con un excelente prólogo de Pedro Henríquez Ureña, y, por último, *Silenter* (1916).

J. de J. Núñez y Domínguez, *Holocaustos*; R. López Velarde, *La sangre devota* (1916); E. Fernández Granados, *Fronteras de Italia* (Viamonte, 1915), traducciones de poetas italianos; M. Barrero Argüelles, *Jesús* (Monterrey, Mireles, 1916); D. A. Cossío, *Veneros del alma* (Monterrey, Estrada y Hoyos, 1914), y *Deuda de Gloria* (Monterrey, Mireles, 1915), comedia; Ignacio C. Reyes, *Rosas de armonía* (Ballezá, 1915); L. C. Caloca, *Celajes y penumbras* (Arte Nuevo, 1951), verso y prosa; A. Correa, *Cantares de la senda* (Victoria, 1916); J. M. Solís, *Ánfora* (Imp. Peruana, 1916); A. de M. y Campos, *Gemas de primavera y Mis triviales pecados* (Victoria, 1916); J. M. Ramos, *Relicarios* (Carranza, 1916); G. Jiménez, *Almas inquietas* (Bouret, 1916), prosa poética.

Dedicaremos la próxima nota a informar sobre otros aspectos de la actual producción literaria en México.

Cultura Hispanoamericana, Madrid, 15-XII-1916.

1917

LA LITERATURA MEXICANA BAJO LA REVOLUCIÓN

A lo que llevo dicho en dos artículos anteriores (números de noviembre y diciembre de esta misma revista), he de añadir algunas noticias.

Una revista literaria. Un joven, casi niño, Pablo Martínez del Río, fruto aristocrático de la cultura inglesa, reúne a los dispersos y se compromete en un bello sueño. De su revista *La Nave*, sólo un número llegó a publicarse (mayo de 1916), que penosamente alcanzó las playas de Europa. En la portada de la revista se ve una carabela, como en los

últimos números de la *Revista de América*, que publicaban en París los García Calderón. Figuran en ella los mejores nombres: Henríquez Ureña, Torri, Silva, Caso, De la Parra, Cravioto, González Martínez. Luchando con todas las escaseces, el director —hombre rico, si en estos tiempos de México puede decirse sin ironía— hizo traer una enorme cantidad de papel de los Estados Unidos. El número de la revista le costó más de cinco mil pesos (¿quién puede tener idea de lo que vale en la actualidad nuestro peso?), y apenas le produciría cerca de ochenta: entre la venta y el pago sobrevivieron uno, dos, no sé cuántos cambios de moneda y de gobierno. Naufragó *La Nave*, como era de esperar. Pudo el director malvender sus fardos de papel a los editores, y así las actuales ediciones de México se alimentan con los despojos de aquel naufragio. En papel de *La Nave* está impresa la *Arquilla de marfil*, de Mariano Silva. Pero hay más, y en carta reciente nos lo dice el autor: “No poco debe la *Arquilla de marfil* al ambiente literario de entonces.” ¡Un recuerdo para ese diminuto buque-fantasma que aparece y desaparece! Nuestro último hogar literario fue *La Nave*. La historia de nuestra literatura contemporánea se hace por revistas: primera fase, *La Revista Azul*; segunda, *La Revista Moderna*; tercera, la *Savia Moderna* (¡nombre deplorable!), y, tras una pausa que llenan los trabajos y preparaciones del Ateneo, aparece, como en un relámpago, *La Nave*.

De algunos libros presentes y futuros. Publicó Antonio Caso *La filosofía de la intuición* (1914), *Problemas filosóficos* (1915), *Filósofos y doctrinas morales* (1915), único que ha llegado a mis manos, y anuncia *El concepto de la historia universal* y *La existencia como economía y como caridad*.

Es Antonio Caso una naturaleza elocuente. Fue un momento el director de la juventud, y así le llamaba Justo Sierra. Su experiencia de las ideas es incalculable. Tras algunas bruscas sacudidas, se repliega ahora en una manera de misticismo que siempre apuntó en él. Ambiente propicio le ha faltado, y acaso también el calor de los últimos amigos que nos quedan en México. Un tanto aislado, estudia a los moralistas franceses y a los individualistas alemanes, aunque en verdad

él recorre más cómodamente la filosofía por los capítulos de Francia. Ataca asimismo cuestiones del momento: el conflicto interno de nuestra democracia, el jacobinismo y el positivismo, las doctrinas de Wilson, con libre sentido espiritual. Todo lo entiende, sabe expresarlo todo, y no es fácil prever todo lo que puede alcanzar aún.

José Vasconcelos, en quien la inquietud estética se desborda del libro a la vida, interpreta originalmente las doctrinas de Pitágoras desde las páginas de *Cuba Contemporánea* (septiembre y octubre de 1916), y prepara, entre sus aventurados viajes, que él mismo compara a los de Ulises, un ensayo sobre *La sinfonía como género literario*. Vuelve así, sin darse cuenta, a la tesis de Mallarmé, en los días en que la "confusión de las artes" ha hecho crisis, y Babbit ha podido escribir su *Nuevo Laocoonte*. No importa, si hace pensar y vivir intensamente.

El marqués de San Francisco, Manuel Romero de Terremos, publica sus apuntes de *Arte colonial* (1916), libro de curiosa y nueva erudición, amable por todos conceptos, donde se habla de muebles coloniales, plateros mexicanos, cerámica de la Puebla de los Ángeles, obras de bronce, casas y jardines virreinales, sillas y jaeces, bordados y joyas de antaño, la iluminación y la miniatura en México, y que debe ser considerado como promesa de una hermosa síntesis futura, donde el dato se desarrolle en teoría. Federico Mariscal, el más adecuado para hacerlo, escribe sobre *La patria y la arquitectura nacional* (1916), libro que surge de unas conferencias dadas en aquella Universidad Popular que fundamos el 13 de diciembre de 1912, la cual ha podido mantenerse merced a la increíble constancia de Alfonso Pruneda. Obra técnica la de Mariscal, y, con todo, accesible al lector corriente; sabia organización de noticias y reglas de arte, estudia las casas de habitación, los mesones o posadas, colegios, hospitales y hospicios, conventos, edificios públicos y religiosos, plazas y mercados, jardines y parques, acueductos y fuentes, cementerios, monumentos, nichos, placas, relieves y detalles artísticos, y su acabadísimo plan se destaca en los índices finales. Es definitiva en su género, cualesquiera fueren las rectificaciones que el tiempo traiga, y llamamos sobre ella la aten-

ción del especialista. Ya se apreciará con esto lo que vale el esfuerzo de divulgación de que ha nacido.

El profesor Alberto María Carreño, laborioso escritor de estudios económicos, sociales, biográficos, que en rigor ha vivido siempre fuera de la vida literaria, como sucede con la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, de que es uno de los sacerdotes, ha escrito un libro sobre Fr. Miguel de Guevara y el célebre soneto "No me mueve mi Dios para quererte" (1915). Es un libro de buena fe, excesivo para el asunto que trata, candoroso por su entusiasmo y hasta por algunos rasgos curiosos, como la publicación del retrato del autor. No es concluyente, ni tiene el definitivo sello de pericia científica; pero no por eso hará menos bien, llamando la atención en América sobre esos cartapacios del siglo de oro, que, allá como aquí, nos reservan tantas sorpresas.

Alfonso Teja Zabre escribe una *Vida de Morelos* (1916) con fines populares, con estilo sencillo y con probidad histórica. El académico D. Manuel G. Revilla, *Los fundamentos del arte literario* (1915), *Lo que enseña la vida de Cervantes* (1916) y, con Alejandro Quijano, formula *Un dictamen sobre la ortografía fonética* (1916), en que se rechaza la reforma revolucionaria propuesta por F. Figueroa. De este dictamen se ocupa el fonetista español Navarro Tomás en reseña anónima de la *Revista de Filología Española*, III, 1916, página 334. Sobre *La higiene en México* (1916), de Alberto J. Pani, saben ya bastante los lectores de esta revista (*Cultura Hispanoamericana*, agosto de 1916, páginas 41-43). No tardará el correo en traernos un libro de Alfonso Cravioto sobre el pintor Carrière, libro que cierto corresponsal de México me anuncia como primorosamente editado, y que procede de unas conferencias dadas por 1907 en el Casino de Santa María. No parece sino que los escritores mexicanos se hubieran propuesto guardar sus obras para publicarlas en los peores momentos. Cravioto, excelente prosista, era de los que pecaban de inéditos.

De antemano saludamos con júbilo la aparición de cierto capítulo sobre la literatura contemporánea en México, de la Reforma hasta nuestros días, que Antonio Castro Leal publica en la obra en prensa *México en el arte, en la ciencia y*

Mucho esperamos de sus dones de creación estética y filosófica, si las implacables Furias Políticas nos lo dejan ileso. Es dogmático: Oaxaca, su Estado natal, ha sido cuna de las tiranías ilustradas (Juárez, Díaz). Es asiático: tenemos en nuestro país dos océanos a elección; algunos están por el Atlántico; él, por el Pacífico.*

Entretanto, la exacerbación crítica que padecíamos corroía los moldes literarios; los géneros se mezclaban un tanto y la invención pura padecía. Apenas la novela tradicional tenía un campeón en Carlos González Peña, trabajador infatigable. Teatro no había. El cuento, en manos de Torri, se hacía crítico y extravagante. (Nunca ha publicado él sus páginas de entonces: el embustero que privaba de existencia a los que nombraba, el que se embriagaba con sangre de gallo, el descabezado que traía la cabeza pegada y no podía acercarse al fuego para que no se le derritiera el pegamento.) Era aquélla, sobre todo, una generación de ensayistas, filósofos y humanistas autodidactos. Quién sabe si algún poeta del grupo no se haya empobrecido un poco, por la necesidad de movilizar todas sus fuerzas hacia la reconstrucción crítica en que estábamos empeñados.

Tuvimos dos hermanos mayores: Enrique González Martínez, tránsito entre la generación pasada y la venidera, que tenía de la pasada, de los Modernistas o "decadentes", los secretos técnicos; de los jóvenes, la seriedad artística; y de suyo, aquella manera de castidad espiritual que hace de él un alto poeta. Y el otro hermano mayor fue Luis Urbina que, en su rara penetración, nos adivinó, vino hacia nosotros y se mezcló en nuestras filas, nos enseñó a tutearnos con él, reconoció que podía adquirir algo en nuestra frecuentación, y no tuvo empacho en abrir de nuevo los libros para estudiar, modesto y sencillo, en nuestra compañía.

Tales eran, al iniciar el ataque, los caballeros del "Sturm-und-Drang" mexicano.

Uno de los nuestros, Pedro Henríquez Ureña, ha escrito:

Sentíamos la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica de que ya se daba cuenta gran parte del

* A. R., "Rubén Darío en México: I. El ambiente literario", *Los dos caminos*, Madrid, 1923; y además, "Despedida a José Vasconcelos", *Reloj de sol*, Madrid, 1926 y *Obras Completas*, IV, pp. 301 ss.

país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡oh blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia moderna. Leíamos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española, que había quedado relegada a las manos de los académicos de provincia. Atacamos y desacreditamos las tendencias de todo arte *pompier*: nuestros compañeros que iban a Europa no fueron ya a inspirarse en la falsa tradición de las academias, sino a contemplar directamente las grandes creaciones y a observar el libre juego de las tendencias novísimas; al volver, estaban en actitud de descubrir todo lo que daban de sí la tierra nativa y su glorioso pasado artístico.*

He aquí, brevemente reseñadas, las principales fases de aquel movimiento que, como lo explica Henríquez Ureña, no se inspiró en el afán de asaltar los puestos educativos, sino de renovar las ideas.

La primera campaña. 1º En 1906, la revista *Savia Moderna*.

2º El propio año, la exposición de pintura de *Savia Moderna*, donde por primera vez se exhiben las obras de Ponce de León, Francisco de la Torre y Diego Rivera. Acababa de llegar de Europa un hombre inquieto a quien deben mucho las artes mexicanas, las cultas como las populares: Gerardo Murillo, el "Doctor Atl", fue el animador. En pocos meses, y con unos cuantos documentos, provocó la efervescencia del impresionismo y la muerte súbita del estilo *pompier*. La pintura académica se atajó de repente. La transformación artística se operó en un abrir y cerrar de ojos. Esta exposición recordada sólo por Daniel Cosío Villegas, si no me engaño, tiene una trascendencia en que todavía no se ha insistido lo bastante.

3º La manifestación en memoria de Gutiérrez Nájera. Por 1907, un oscuro aficionado quiso resucitar la *Revista*

* Pedro Henríquez Ureña, "La influencia de la revolución en la vida intelectual de México", *Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales*, La Habana (posterior a 1924), pp. 114-115.

Azul de Gutiérrez Nájera, para atacar precisamente las libertades de la poesía que proceden de Gutiérrez Nájera. No lo consentimos. El reto era franco, y lo aceptamos. Alzamos por las calles la bandera del arte libre. Trajimos bandas de música. Congregamos en la Alameda a la gente universitaria; los estudiantes acudieron en masa. Se dijeron versos y arengas desde el kiosco público. Por primera vez se vio desfilar a una juventud clamando por los fueros de la belleza, y dispuesta a defenderlos hasta con los puños. Ridiculizamos al mentecato que quería combatirnos, y enterramos con él a varias momias que andaban por ahí haciendo figura de hombres. Por la noche, en una velada, Urueta nos prestó sus mejores dardos y nos llamó "buenos hijos de Grecia". La *Revista Azul* pudo continuar su sueño inviolado. No nos dejamos arrebatrar la enseña, y la gente aprendió a respetarnos.

4° La Sociedad de Conferencias. El viaje a Europa de Alfonso Cravioto dio fin a la *Savia Moderna*. Acevedo nos congregó en su taller, y fundamos la Sociedad de Conferencias para tener trato directo con los públicos, para hablar con ellos. El primer ciclo se dio en el Casino de Santa María. En cada sesión había un conferenciante y un poeta. Así fue extendiéndose nuestra acción por los barrios burgueses. Hubo de todo: metafísica y educación, pintura y poesía. El éxito fue franco.

5° La afición de Grecia era común, si no a todo el grupo, a sus directores. Poco después, alentados por el éxito, proyectábamos un ciclo de conferencias sobre temas helénicos. Fue entonces cuando, en el taller de Acevedo, sucedió cierta memorable lectura del *Banquete* de Platón en que cada uno llevaba un personaje del diálogo, lectura cuyo recuerdo es para nosotros todo un símbolo. El proyecto de estas conferencias no pasó de proyecto, pero la preparación tuvo influencia cierta en la tendencia humanística del grupo.

6° Manifestación en memoria de Barreda. En 1908, decidimos honrar la memoria de Gabino Barreda, ante los ataques emprendidos contra la Escuela Preparatoria por los conservadores del periódico *El País*. Hubo una sesión en la Preparatoria; se organizó un acto teatral, una serie de discursos, y los discursos resultaron —aun sin habérselo propues-

to—, algo como la expresión de un nuevo sentimiento político. Fue la primera señal patente de una conciencia pública emancipada del régimen. Los maestros positivistas, que esperaban una fiesta en su honor, quedaron tan atónitos como la gallina que crió los patos, y decidimos devolverles el dinero con que habían contribuido al alquiler de la sala. El periódico del régimen no pudo ocultar su sorpresa ante aquellos nietos descarriados del positivismo que, sin embargo, confesaban su solidaridad con la obra liberal de Barreda. Los oradores de aquel verdadero mitin filosófico —entre los cuales se contaban hombres de generaciones anteriores como Diódoro Batalla y Rodolfo Reyes— se percataron de que habían contraído ante la opinión un serio compromiso. En el orden teórico, no es inexacto decir que allí amanecía la Revolución. Algún historiador político, Luis Manuel Rojas, lo reconoce así. De entonces parte lo que Vicente Lombardo Toledano ha llamado: "El sentimiento humanista de la Revolución Mexicana." *

7° Segundo ciclo de la Sociedad de Conferencias, esta vez en el Conservatorio Nacional, porque nuestras actividades se atreven ya a los teatros de Estado.

8° En 1909, Antonio Caso da en la Escuela Preparatoria un curso de conferencias sobre la Filosofía Positivista, que acaba de definir la actitud de la gente joven frente a las doctrinas oficiales.

9° A fines de ese año, fundación del Ateneo de la Juventud, cuya vida queda incorporada a la historia de nuestra literatura. Las sesiones públicas del Ateneo, en el salón de actos de la Escuela de Derecho, se suceden quincenalmente por varios años y dejan un surco duradero.

10° 1910, el año del Centenario. En la misma Escuela de Derecho, abrimos una serie de conferencias, todas sobre asuntos americanos. Caso habla sobre el educador antillano Eugenio María de Hostos; Vasconcelos, de Gabino Barreda; Henríquez Ureña, de Rodó; González Peña, de Fernández Lizardi, "El Pensador Mexicano"; el español José Escofet —después director de *La Vanguardia*, de Barcelona— sobre Sor Juana Inés de la Cruz; yo traté sobre Manuel José Othón.

* *Universidad Nacional*, diciembre, 1930.

sibles filtraciones indirectas de las ondas no directamente percibidas (§ 2, pp. 269-270); y más aún si añadimos las evocaciones emotivas de que suelen acompañarse: ya espaciales como constreñimiento, permanencia, expansión; ya temporales como recuerdo, presencia, esperanza; ya morales como inhibición, indiferencia, incitación; ya patéticas como tristeza, serenidad, alegría. Pero este estudio corresponde al laboratorio psicológico. Aquí sólo nos incumbe la expresión que en la literatura hayan podido encontrar algunos tipos de sinestesia.

Antes conviene penetrarse de que la sinestesia (salvo cuando el autor la confiesa como germen de su obra) sólo llega a conocimiento del crítico en forma de imagen poética. Ahora bien: la imagen poética bien puede haber sido un recurso de estilo, un artificio metafórico de la inteligencia más que un verdadero estímulo. No hay remedio de dilucidar este extremo. (Véase el caso, más intelectual que sensorial, en el pasaje de Díaz Mirón citado más adelante.)

La audición colorida, como hecho psicológico, ha sido estudiada por Van Hamel, Reboux, Van Roesbroeck, Gochot. Sobre ella encontramos atisbos teóricos en el jesuita alemán Athanasius Kircher (el de la linterna mágica), quien presumía ya, en su *Musurgia Universalis* (1650), que el que viera vibrar el aire a efecto de los sonidos contemplaría una maravillosa música de colores. Voltaire, en su exposición de Newton, examinando cierta idea del P. Castel a que luego nos referiremos, preveía que alguna vez habrían de descubrirse relaciones ocultas entre la luz y el sonido. Hoy los films científicos nos permiten ya ver las ondas térmicas mediante cierto procedimiento fotográfico. ¿Por qué no hemos de llegar a ver las acústicas? El descubrimiento de la yerba sagrada de los tarahumaras, droga que transforma las sensaciones acústicas en cromáticas, dio lugar a experiencias personales de William James y Luigi Ceroni, entre otros. Sus efectos se encuentran descritos por Lewin, *Paraísos artificiales*, y singularmente por el Dr. A. Rouhier, en su erudita monografía: *La plante qui fait les yeux émerveillés: Le Peyotl (Echinocactus Williamsii)*. Esta translación de las sensaciones —modalidad de la sinestesia, la cual más bien

armoniza y no traslada— nos hemos atrevido a explicarla como un efecto de la droga sobre el ritmo receptivo del hombre: si este ritmo se retarda, la velocidad de las ondas sonoras aparece, por relatividad, proporcionalmente aumentada, hasta transformarse, para la percepción, en ondas luminosas.²⁴ El ritmo receptivo del hombre a que aquí me refiero es la velocidad de propagación protoplásmica o “gradiente dinámico” de Child (*Physiological Foundation of Behavior*), propagación que no parece ser un transporte material, sino más bien algo como una corriente energética (eléctrica, etcétera), a través del organismo vivo. Y es bien sabido que las drogas aumentan la viscosidad o coagulación del medio coloidal, alterando así el equilibrio que sostiene la regularidad de la onda energética. Esta teoría serviría para interpretar físicamente las canalizaciones entrecruzadas de la sinestesia: la especialidad de traducción (o abstracción) que los sentidos representan es sólo relativa. Walt Disney, en su dibujo animado y colorido *Fantasia*, ha dado un ejemplo de asociaciones visuales y acústicas. La primera parte (*La Sacre du Printemps*, de Stravinsky) es la más auténtica. El resto, cualquiera que sea su mérito, es ejemplo menos puro de la sinestesia, es ya obra de ingenio.

En su formulación literaria, la sinestesia puede simbolizarse por aquella célebre metáfora sobre “el tañido rojo del clarín”, o “el olor del filo del cuchillo” que siente el personaje de Poe. Sin abandonar el tipo de la audición colorida, los casos son tan frecuentes que es asunto de preguntarse si el transporte poético obra a semejanza del peyotl, frenando el ritmo receptivo como un espasmo y determinando así la correspondiente confusión de las sensaciones. En las metáforas del clarín o del cuchillo la sinestesia es actual; en otros casos aparece como ideal o anhelo. Así en Díaz Mirón, donde los cinco sentidos y aun la evocación respiratoria contribuyen para proponer este sueño, al que desde otro punto

²⁴ “Ofrenda al Jardín Botánico de Riojaneiro”, en *Norte y Sur* [*Obras Completas*, IX, 90] y *Yerbas del tarahumara*, Buenos Aires, 1934 [*Obras Completas*, X, pp. 121-122. Véase, además, *Obras Completas*, IX, pp. 358-360; *Las burlas veras*, 2º ciento, México, Tezontle, 1959, pp. 78-81; y *Ancorajes*, *idem & ibidem*, 1951, pp. 40-46].